

# Los 20 jóvenes de Atenas

Por José Figueres

Tal como emplezan sus narraciones algunos escritores originales, corría el año de 484 A.J.

Un hombre adusto se paseaba por entre los olivos, en el huerto que está al pie de la colina de la Acrópolis. Veinte jóvenes de Atenas le salieron al encuentro, preguntando: ¿sabes escribir, buen hombre?

— ¿Por qué lo preguntáis?

— Traemos aquí veinte ostras, y os pedimos que escribas en su dorso el nombre de una persona que deseamos exilar, como es la costumbre ateniense.

— Yo traigo aquí mi estilete —contestó el hombre, complaciente—. Dame tú la primera concha. ¿Cuál nombre deseas que escriba en ella?

— Aristides. ¡Aristides! Todos nosotros, que representamos el futuro de la patria, pedimos que se le envíe al ostracismo.

Comenzando a escribir, el hombre preguntó:

— ¿Le conocéis bien, hijos míos? y siguió marcando las ostras.

— No, pero nos molesta que le llamen el héroe de Maratón, en parte porque cedió el mando a Alcibiades para pelear como soldado. Le dicen hombre sabio, y hombre justo, y todo eso que nos molesta.

Los oráculos anuncian que pronto, dentro de pocos años vendrán nuevas batallas. Los persas atacarán otra vez, en Salamina; y luego en Platea, y talvez en otros campos. No conviene que Aristides se luzca. Los jóvenes debemos ocupar las posiciones elevadas.

— Tenéis razón, decía el hombre, siempre escribiendo.

— Ya hemos circulado el rumor de que Aristides pretende fundar otro ejército. También hemos dejado que se diga que es un ganapán y un hombre que trabaja para acumular dinero para sí mismo.

Aristides tiene ideas anticuadas sobre una gran Confederación de Delos para enderezar el Estado ateniense. Además, siempre ayuda a Temístocles, negándose a encontrar en él a un rival, como todos quisiésemos. Más bien lo trata como a un compatriota ilustre.

Los jóvenes somos astutos, y estamos cansados de ambos. Los tiempos cambian

La juventud no necesita mentores. Tenemos "voladitos".

De todas maneras, Aristides prefiere que lo dejen tranquilo, cultivando otros jardines.

— Tenéis razón, hijos míos, tenéis razón, repetía el hombre, y terminó de marcar tantas conchas. ¿Y cómo le comunicaréis vuestra decisión?

— La anunciaremos en un bando, por las calles, al son del tambor que los persas usan siempre contra nosotros, desde poco después de Maratón.

— Muy bien, muy bien, tenéis razón, hijos míos. Me convencéis de que ya os ha hecho suficientes bienes para que le despreciéis.

— Y tú, buen hombre, ¿quién eres? pareces letrado; pareces filósofo. ¿Quién eres? Tú nos das la razón: debes ser un hombre justo.

— No, jóvenes, no. Yo soy sólo un viejo cualquiera, que os seguirá deseando siempre, como hasta ahora, todo bien. Yo soy Aristides.